

## CAPÍTULO XVII

### SENTIMIENTOS EGOÍSTAS Y SENTIMIENTOS SOCIALES

En el capítulo precedente se ha dado una explicación general de la naturaleza del sentimiento ; y ahora vamos á tratar de los sentimientos en particular. Para ello seguiremos el orden de desarrollo, empezando por los sentimientos egoístas y estudiando algunos de los más principales, como son los del temor, la cólera y el amor á la actividad, los cuales interesan especialmente al educador.

(A) *Sentimientos egoístas. El temor.*—Uno de los primeros sentimientos que se desarrollan es el temor, que en la máxima intensidad de su desarrollo constituye lo que llamamos terror. El temor es la forma más sencilla de una emoción pura y simple, es decir, un sentimiento en que no entra mezcla alguna de sensación presente, sino que tiene su origen en la actividad mental ; proviene de la idea y anticipación de un daño, y por lo tanto envuelve un simple acto de representación mental. Presupone previa experiencia del dolor en alguna forma, y la asociación de esa experiencia con su causa ó acompañamiento ; el proverbial temor que el niño le tiene al fuego, es consecuencia natural de haber experimentado materialmente su cualidad de quemar. Al propio tiempo, hay razones para suponer que algunas formas del

### SENTIMIENTOS EGOÍSTAS Y SENTIMIENTOS SOCIALES 347

temor se favorecen por la asociación heredada ; hay niños de cierta edad propensos á sentir temor en presencia de los animales y de las personas extrañas, aun antes de que su experiencia les haya llevado á relacionar con esos objetos ninguna idea del peligro ; y la timidez que los niños manifiestan cuando empiezan á andar no puede explicarse fácilmente como resultado de la experiencia individual.\*

Aunque la experiencia es necesaria, en primer lugar, para sugerir el peligro, no es preciso que el niño haya tenido experiencia de la clase particular del daño sugerido en un caso dado. Cuando su mente se ha familiarizado con ciertas variedades de dolor, el ejercicio de la imaginación puede bastar para que se excite el temor en presencia de nuevos y desconocidos males ; es fácil excitar el temor en la mente infantil por la sugestión de un mal que no se haya experimentado, por ejemplo, el de caerse al agua, lo cual es bien sabido de algunas niñas.

En su mayor intensidad, el temor va siempre unido á una representación *indefinida* del mal que amenaza. Cuando la mente conoce bien la naturaleza precisa y la extensión de un padecimiento, faltan los más notables caracteres del temor. De ahí que algunas de las peores formas del temor infantil se exciten en presencia de la posibilidad desconocida y por lo tanto inmensurable del daño, como cuando se amenaza al niño con entregarle á un salvaguardia. El efecto agitador del miedo se aumenta además por la incertidumbre del mal, pues es más difícil afrontar con calma el sufrimiento incierto que el cierto.

\* Cuestión muy debatida por los autores, desde Locke hasta los contemporáneos, es la de si los niños tienen temor instintivo á la oscuridad. Locke sostiene firmemente la negativa.



Siendo el temor un sentimiento doloroso, natural será el considerarlo capaz de producir algún efecto deprimente en la actividad mental y corporal; pero lo particular de esa emoción es que enerva é inhabilita, pues las operaciones intelectuales se suspenden, la atención queda fijamente atraída por el objeto excitante, y la imaginación puede inflamarse hasta un grado peligroso. Así el terror abyecto priva á la mente de todo su poder; y alguna analogía se encuentra entre esto y la postración física que acompaña á ese estado del ánimo. El temor extremado puede llegar á producir graves desarreglos físicos.

Los niños están generalmente muy predisuestos á esta emoción; poca experiencia les basta para comprender su especial exposición á sufrir daño, su debilidad física, su ignorancia y su incapacidad de afrontar el peligro; y este resultado se favorece además por la tendencia instintiva al temor. Cierta timidez parece convenir á los niños; y es natural el suponer que la innata propensión al miedo sea uno de los dones instintivos que sirven al gran fin de la propia conservación. Además, esa cualidad característica está íntimamente unida á la forma primitiva del instinto social, esto es, del impulso á buscar la sociedad de otras personas como medio de seguridad, y á contar con su protección y guía.

Al educador le interesa de diferentes modos esta pasión del ánimo. Primeramente, tiene que predisponer á los niños contra toda especie de miedo infundado y vergonzoso, particularmente contra el terror supersticioso y el miedo á la oscuridad. Es de gran importancia, dice Locke, el evitar todas las sugerencias que ocasionen el temor en los niños. Los padres descuidados, permitiendo que sus hijos oigan demasiadas consejas sobre duendes, brujas, etc., suelen excitar, sin saberlo, la timi-

dez en la mente infantil. El educador ha de observar atentamente cuáles sean las causas del temor de los niños. Estos relacionan á menudo las ideas del peligro con las cosas, como resultado de asociaciones accidentales. Miss Edgeworth presenta como ejemplo el miedo que un niño tenía al tambor, instrumento que él por primera vez vió tocar por un enmascarado.\* La tendencia de los niños al temor debe corregirse desarrollando el opuesto sentimiento del valor y de la confianza en sí mismo; y se ha de ejercitar su voluntad de modo que adquiera el hábito de arrostrar valerosamente lo que pueda producir miedo. De esta manera desaparecerá gran parte del temor infantil. Por último, el gran remedio contra el terror que envilece y daña es el desarrollo de la inteligencia, la cual hace desechar como puramente imaginarios muchos de los temores primitivos, permitiendo conocer las verdaderas proporciones de cualquier mal particular y su importancia real.

Si bien el educador ha de reprimir el temor infantil y quitarle la fuerza que domina y rebaja el ánimo, al mismo tiempo tiene que conservar y utilizar ese sentimiento en su forma ligera. Después de adquirida cierta suma de experiencia, la timidez puede transformarse en loco descuido ante los peligros; al notar con deleite por primera vez el aumento de sus fuerzas, el niño propende á exagerar su capacidad de dominar el peligro; por lo cual conviene cultivar cierta prudente cautela. Y generalmente el educador, al par que se oponga á las excesivas y dañosas variedades de la emoción como, por ejemplo, el temor de ser objeto de risa, tiene que evocar y fortalecer ese sentimiento con relación á cosas real-

\* El temor obra también como poderoso agente contra los sentimientos sociales, según lo manifiesta particularmente la ordinaria timidez y esquivéz de los niños en presencia de personas extrañas.



mente dignas de temerse, como las malas acciones y la pérdida de la estimación adquirida en el concepto ajeno.

Por último, el educador necesita aprovecharse del sentimiento del temor como fuerza que mueva; pues todo el que gobierna ha de utilizar hasta cierto punto el temor de los gobernados, y no se exceptúa de esta regla el maestro. Sin embargo, ha de cuidar de no excitar ese afecto del ánimo hasta el punto de causar enervación y decaimiento; el obligar por el temor es cosa que si llega al extremo de convertirse en crueldad resulta contraria al mismo fin que se persigue, porque excitando el terror en los niños se los priva de la capacidad de hacer lo mismo que queremos que hagan. Con todo, cuando el mal es de carácter definido y su gravedad puede ser comprendida por el discípulo, la agitación propia del terror queda eliminada, y la voluntad se estimula á obrar por la tranquila apreciación del posible sufrimiento.

*Cólera y antipatía.*—La cólera debe contarse en la misma clase de sentimientos primitivos, como el temor, y se parece á éste en que proviene de una experiencia dolorosa; pero se distingue del temor en que hay en ella algo que es placentero, ó sea la satisfacción de las pasiones coléricas. El sentimiento de la cólera propiamente dicha contrasta con el temor porque la acompaña una enérgica actividad; el niño encolerizado no siente postración ni incapacidad de moverse como cuando le domina el temor, sino que se pone en estado de violenta acción muscular. Al mismo tiempo, la violencia de esa actividad, que también es irregular y espasmódica, hace que se destruya la energía, pues un raptó de cólera agota las fuerzas del niño.

En su forma más simple, según se observa en el primer período de la infancia, la cólera es producto directo del dolor físico, y puede decirse que es la rebelión ins-

tintiva de la criatura sensible contra el sufrimiento. Más adelante ese tipo primitivo de la cólera, en el cual predomina el elemento físico, se va diferenciando hasta convertirse en el sentimiento de la cólera propiamente dicha.\* Este sentimiento se funda en la conciencia de actos ajenos contrarios á los del niño, é implica sentido rudimentario de la injuria; está íntimamente relacionado en su origen con el impulso animal de la lucha, y probablemente se deriva de esta circunstancia su cualidad de ser enérgico; de modo que, como el temor, tiene su raíz en el instinto de la propia conservación y acompaña á las manifestaciones del impulso de la defensa propia contra el adversario. El íntimo placer que sigue á la cólera satisfecha se relaciona probablemente con la circunstancia de que esa pasión es la que más excita las energías físicas y mentales, é implica la satisfacción del más poderoso de nuestros instintos animales.

Los niños se hallan notoriamente dominados por esa pasión primitiva. Se resienten de los padecimientos y lo manifiestan por medio de explosiones de impotente cólera infantil, gritando, arrojando las cosas, y en los casos extremos arrojándose ellos mismos al suelo, con una especie de loca desesperación. No pudiendo todavía distinguir en los momentos de agitación mental cuándo es intencional una injuria y cuándo no lo es, suelen entonces desahogar su ira infantil contra las inofensivas cabezas de sus muñecos, contra los demás juguetes, ó cualquiera otra cosa inanimada que los incomode.

La cólera se manifiesta de varios modos. En su pura forma de desecho de desagravio tiene por causa determinante la percepción de algún acto ó intento injurioso de

\* Afirma Darwin que la cólera propiamente dicha se manifiesta claramente antes del cuarto mes de edad.



otra persona ; y estando estrechamente unida en su origen con el instinto de combatir, acompaña á todas las más excitantes variedades de la lucha, en una forma más ó menos perceptible. Como mero gusto de causar molestia ó daño suele asociarse al amor del poder en sus formas más rudas y brutales, y constituye parte principal del carácter de los muchachos pendencieros. Comunmente se combina con los fuertes instintos destructivos del niño, fomentando la crueldad para con los animales de que generalmente se les culpa.\* También se echa de ver en la crueldad con que algunos muchachos motejan y ridiculizan á otras personas. En forma menos placentera y triunfante, el sentimiento de la cólera se manifiesta, como naciente odio ó despecho, en la envidia que siente el niño por la felicidad ajena y más particularmente al ver que se acaricia ó complace otro niño.

Cuando el sentimiento de la cólera se arraiga mucho, puede llegar á convertirse en antipatía permanente á una persona ; los niños manifiestan disposición (semejante á la de los animales) á la antipatía duradera para con quienes en realidad ó en apariencia les han hecho daño ú ofensa.

Como sentimiento antisocial que separa á los hombres entre sí, el instinto del desquite, aunque útil y necesario al individuo, impone gran trabajo á las fuerzas restrictivas del educador. Seguramente sería fatal á la felicidad y al desarrollo moral del niño el dispensarle sus sentimientos iracundos y permitir sus raptos de pasión colérica sin tratar de contenerlos. La violencia de la cólera infantil debe atemperarse ; pero esto no puede hacerse por el mero empleo de la fuerza física, pues,

\* Según Bain, hay deleite instintivo en presenciar el sufrimiento, lo cual forma lo más íntimo de la satisfacción de las pasiones malignas ; pero Locke opina que la crueldad se debe á la mala educación.

como dice Rousseau, cuando la nodriza pega al niño porque llora, no es fácil que la disciplina le calme su pasión ni cure su irritabilidad.

Al niño apasionado se le ha de tratar apelando á la parte humana y razonable. Por lo tanto, debe evitarse todo lo que provoque violenta pasión ; por ejemplo, el padre ha de abstenerse de enfadar al niño irascible excitando su envidia. Teniendo que ocasionar al niño bastantes incomodidades con las restricciones de la disciplina, el padre ó maestro debe cuidar muy particularmente de no provocar sentimientos vengativos con respecto á él mismo ; y para esto debe evitar toda apariencia de irregularidad, capricho é injusticia en su proceder. El sentimiento de lo justo se funda en la costumbre, y el niño á quien habitualmente se le permite una cosa se resiente, por un naciente sentimiento de la injusticia, cuando se le prohíbe. Así la madre que acostumbra dejar luz en el cuarto del niño al acostarle, cuando una vez no quiere dejársela, excita una cólera justificable muy parecida á la indignación moral.

Además, el educador debe poner en juego las facultades reflexivas del niño y cultivar en él ideas más justas y convenientes de las cosas. Como dice muy bien Miss Edgeworth hablando del de los niños, "Para poder cambiar los sentimientos es preciso variar antes el modo de pensar habitual, y también la manera de ver el objeto." Á un niño adusto y querelloso se le debe hacer notar que gran parte de lo que parece ser injuria intencionada y dirigida á él no lo es, que los compañeros de juego puedan dejar de advertir los resultados de sus acciones, y que sus padres y maestros son verdaderos amigos suyos que tienen gran interés en lo que le conviene. Á medida que se desarrollan las facultades del niño ha de procurarse que su voluntad se ejercite en contener y



y dominar la fuerza de las pasiones; y, por último, los impulsos antisociales deben limitarse y contrarrestarse por el asiduo cultivo de los sentimientos sociales y benévulos. La disciplina y el ir notando cada vez más lo inconveniente de toda pasión violenta pueden bastar para impedir sus raptos; pero lo único seguro y adecuado contra la malicia interna, el odio y otros malos productos de la cólera, es la formación de sentimientos humanos y generosos en el niño.

También en esto debe recordar el educador que su trabajo no es el de extirpar algo enteramente malo. El impulso de la injuria es necesario, y tiene utilidad propia y legítima. No es dudoso que la sociedad, al encargarse de castigar los delitos más notorios, priva al individuo de entregarse por completo á sus instintos vengativos. Al mismo tiempo es igualmente claro que le permite tener cierto modesto campo para el ejercicio y manifestación del impulso del desquite; pues ninguna forma de gobierno, ya sea del Estado ya sea de la escuela, releva al individuo de toda necesidad de propia defensa; por el contrario, se supone que haga valer sus derechos y responda al agravio con la manifestación de aquellos instintos que para su propia defensa le ha dado la naturaleza. El niño que es manso y apocado hasta permitir que otro muchacho quimerista y dominante satisfaga en todo sus tendencias, manifiesta no estar en condiciones para tomar parte en las luchas de la vida; y esa servil sumisión, lejos de ser alabada por el educador, debe ser objeto de conminación cuando convenga.

También hace falta la cólera para dar vida y consistencia á los sentimientos más nobles y elevados. El instinto de la venganza, tan brutal y cruel cuando no se gobierna, es susceptible de suavizarse y refinarse hasta convertirse en sentimiento digno. Cuando la mente del

niño se revuelve con ira contra la idea misma de la crueldad, tanto si la víctima es hombre ó bruto, no sólo desaparece lo repugnante de la cólera, sino que toma un aspecto agradable y hasta admirable. Cultivando la compasión por el padecer ajeno, puede el educador contribuir á que se humanicen los instintos del resentimiento y se transformen en vivo sentimiento de justicia genuinamente desinteresado. 57

*Afición á la actividad y al poder.*—Vamos ahora á tratar de un sentimiento de diferente orden, cual es la afición á la actividad. Es egoísta, porque el placer que el niño experimenta al ejercitar sus fuerzas es relativo y sirve al sostenimiento y adelanto del mismo como individuo. Al propio tiempo es un sentimiento que el educador ha de fomentar y utilizar, en vez de reprimirlo, pues suple uno de los motivos de la educación.

Toda actividad conveniente á las facultades que se ejercitan, es acompañada de algún goce, como ya lo hemos manifestado antes. Cuando el cuerpo y el cerebro son vigorosos y las facultades recobran bien sus fuerzas en períodos de reposo, se promueve gran disposición á la actividad, de tal modo que toda ocasión ó estímulo se aprovecha. Esta disposición á ejecutar actos se conoce con el nombre de *actividad espontánea* del niño. Los niños desean mucho estar haciendo algo; y esa energía espontánea no sólo promueve la acción muscular, sino el ejercicio de los órganos de los sentidos y del cerebro en el examen de los objetos. El placer que proviene y es compañero del desahogo de la fuerza nerviosa, constituye la base sensitiva del amor á la actividad.

La precitada disposición del ánimo adquiere más alta categoría como sentimiento cuando la actividad espontánea se halla dificultada por el momento. Esto excita



un esfuerzo especial de energía é implica una conciencia mucho más clara de la acción como acto del individuo. Puede observarse fácilmente el origen de este sentimiento en el niño de dos ó tres meses cuando está entregado á un esfuerzo excitante, como al querer levantar un objeto pesado ó alcanzar una cosa que apenas esté á su alcance ; el vencer la dificultad produce en él cierto deleite que se nota por la expresión de su rostro. En esto tenemos el primer indicio de la emoción que causa el poder ; y al intensificarse y prolongarse su actividad estimulada por un obstáculo, el niño obtiene conciencia más clara y completa de sus fuerzas ó facultades.

El placentero sentimiento del poder lo experimenta el niño cuando logra hacer alguna cosa, tanto si el acto es físico como si es mental, que no pudiera hacer antes, ó que no supiera que fuese capaz de hacerlo ; y también lo siente al ver que va siendo más fácil el hacer lo que antes resultaba difícil. De modo que se relaciona con el adelanto ó desarrollo, é implica un sentimiento que se satisface directamente por la comparación de lo pasado con lo presente. El sentimiento del poder resulta grato, en gran parte, según lo favorecen las circunstancias sociales ; es indudable que el niño tiene más conciencia de su debilidad que de su fuerza cuando se halla delante de personas mayores, de sus padres, de su maestro, etc. El sentimiento del poder puede convertirse en doloroso ; pero los niños hallan modo de resarcirse de cualquiera humillación por esa causa, alardeando cuanto es posible de cualquiera superioridad que tengan sobre otros niños, y al ostentar así esa superioridad se promueve en ellos grandemente la satisfacción del sentimiento del poder. Sin embargo, en esta clase de satisfacción el sentimiento presenta caracteres de antisocial. Cuando está muy excitado debe gran parte de su viveza á la

mezcla de un elemento de maligna satisfacción, ya sea en el deleite que los fuertes y dominantes sienten al humillar enteramente á los débiles, ya sea en el goce menos innoble que siente el que vence á un contrario más igual á él.

El sentimiento del poder puede llegar á convertirse en emoción permanente y habitual, como lo es la grata conciencia de la capacidad de hacer cosas. Esta es una forma superior de ese sentimiento, la cual envuelve un trabajo más completo de comparación y abstracción. En esa forma permanente es como entra en lo que llamamos noble orgullo, ó respeto de sí mismo.

El desarrollo de la afición al poder y á la actividad debe contenerse en ciertos casos. Los niños son, como dice Locke, avaros de dominio, y desean la superioridad sobre los demás, no sólo en fuerza física é intelectual, sino también en posesiones materiales. El deseo del poder debe moderarse y contenerse dentro de ciertos límites ; y cuando se ha restringido así se convierte en valiosísimo incentivo para el esfuerzo, pues la justa ambición de adelantar, de desarrollar las fuerzas ó de obtener más conocimientos y habilidad, es el principal origen del esfuerzo en los niños.

Para que el niño disfrute del sentimiento del poder, es evidente que necesita cierta libertad de acción. El sufrimiento de la sujeción es la conciencia de tener la energía aprisionada. Sólo cuando el niño goza del sentimiento del esfuerzo espontáneo y de la propia actividad es cuando hace todo lo que puede en cualquier sentido. El dar apariencias de espontaneidad á los trabajos escolares es el medio más cierto de poner en completa tensión las energías del niño ; los trabajos propios de los Jardines de la Infancia sin duda gustan tanto á los niños porque se les presentan á su mente como una especie de juego más formal.



En los períodos superiores de la educación ya no hay tanto lugar, al parecer, para la aplicación de este principio. El aprender no puede reducirse simplemente á un goce superior de la propia actividad ; el concepto de la enseñanza implica sujeción externa, y esto excluye el deleite de la actividad espontánea. Además, el maestro tiene que hacer muchísimo por auxiliar las facultades del niño, obligándole así á tener presente su debilidad intelectual. Pero esta misma circunstancia hace que sea más importante el dejar algún campo abierto á la libre y placentera conciencia del poder. Es ingrato, y dañoso al desarrollo intelectual, todo sistema de instruir que humille en gran manera al niño oponiéndose á los esfuerzos espontáneos de sus facultades y haciéndole siempre pensar que es estúpida su ignorancia. En cuanto lo consientan las necesidades de la enseñanza, las facultades del alumno deben ejercitarse en el descubrimiento de cosas, de modo que pueda experimentar la grata conciencia de hacer algo por sí mismo, que es el más poderoso estímulo.

Aparte de eso, cuanto más logre el maestro, por su influencia personal, quitar toda apariencia de restricción á la enseñanza y elevar el trabajo de aprender á la altura de empresa grave, privilegiada y honrosa, más fácil será que sus discípulos se dediquen con verdadera afición al estudio. Los niños no experimentan nunca tan viva sensación de creciente poder como cuando se les confía alguna nueva é importante tarea. Se ha observado que hasta los trabajos menos atractivos llegan á ser agradables y materialmente deseados cuando parecen implicar responsabilidad y dignidad. Se debe acostumbrar á los niños á que cada nuevo período de los estudios lo consideren como un privilegio mayor, como reconocimiento de que tienen más poder que antes tenían, y como un

paso hacia el completo ejercicio de las funciones propias del hombre.

Finalmente se ha de procurar que los niños comprendan todo lo posible las ventajas que proporciona el desarrollo intelectual ; y ya nos hemos referido á esto al tratar de la educación de la memoria. La creciente capacidad de sostener conversación con otras personas, por efecto del desarrollo de la inteligencia, es en sí misma una importante ventaja para el niño ; pues puede observarse su expresión de ingrata turbación al oír á sus padres discurrir sobre lo que es demasiado elevado para su joven inteligencia. Muchas personas recordarán el íntimo deleite de notar que *crecían*, es decir, que iban siendo mayores, cuando ya les permitían sentarse á escuchar la lectura destinada á los que no eran niños. Y á medida que los conocimientos adquiridos en la escuela acercan al niño al más vasto y misterioso círculo de las ideas de los adultos, ofrecerán nuevo encanto para él, satisfaciendo su ambición ; por lo mismo, cada vez que descubre utilidad práctica en el saber, se avivará su deseo de poseerlo.

*Sentimiento de rivalidad.*—Se relaciona estrechamente con el sentimiento de la actividad, y tiene su origen en la conciencia de la actividad. Es el sentimiento que induce al esfuerzo en la competencia con otras personas, y la forma familiar de excitación afectiva que acompaña á toda lucha. Esa excitación resulta, en parte, de la más enérgica actividad producida por el estímulo de la competencia ; pero su elemento principal es el deleite en la lucha, en probar á otros nuestra superioridad venciendoles en algún ejercicio de habilidad ó de fuerza, y su goce completo es el que sigue á la victoria.

El sentimiento de rivalidad es uno de los primeros